

Santiago Mazarrasa

Casilla vacía

Alianza editorial

Primera edición: abril de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Santiago Mazarrasa, 2026
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-236-8
Depósito legal: M-154-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

1. La inundación	13
2. Usuario desconectado	23
3. Signos de refinamiento	61
4. Memoria de un festín de bárbaros	127
5. Las gaviotas	137
6. Una conversación infinita	151
7. Documento sin título	155
8. Casa sin paredes	161

*Para mi hermana Inés,
aunque ningún libro es suficiente.*

«Cuidado, no creáis que se trata de sentimientos».

GILLES DELEUZE, *Lógica del sentido*.

«Esperamos que cese la lluvia,
aunque nos hemos acostumbrado
a permanecer invisibles, tras la cortina».

GÜNTER GRASS, *La inundación*.

«I sing for answers
I sing for good listeners
And tired dancers».

BILL CALLAHAN, *Call me anything*.

1. La inundación

Son tres las cañas y cuatro los pescadores. Todos se abrigan con chaquetas de plumas que los protegen del viento y de la humedad. Nacisteis con un cortavientos bajo el brazo, les dijo hace tiempo la novia de Calvo cuando aún era su novia y no el recuerdo de algo que pudo ser.

No ha llovido todavía, pero la superficie de las rocas está húmeda y resbaladiza. Se han formado charcos en los que se estanca el agua que ya no vuelve al mar. Se mueven con cuidado de no pisarlos, con cuidado de no tirar las cañas, con cuidado de que los hilos se mantengan en el aire. Desconocen el destino de los anzuelos, hundidos en la oscuridad a escasos centímetros de la superficie. Huele a sal cuando no huele a humo de hachís.

—Más gente que peces.

La voz de Calvo acaba con el silencio que empapa el tejido impermeable de los abrigos. La broma se le atraganta como la primera frase que se dice al despertar de un sueño profundo y ya es tarde para aquello que se tuviera que hacer. Nadie parece darse cuenta. Nadie contesta. Oye una risa floja a pocos

metros, al fondo, donde las olas todavía crecen y no llevan cresta.

Calvo no pesca. Nunca le ha interesado. No sabe de hilos, ni de cañas, ni de anzuelos, ni de cebos, ni de mareas. Pero ahí está, semana tras semana, mientras los demás tiran la caña y esperan, y beben, y fuman, y desoyen la marcha firme y obstinada de los días, las noches y los años. Así es como mantienen intacto el orden de las cosas y la suela de sus zapatillas se desgasta.

Se divierten así, esquivando. Cuesta muy poco y algo se pesca. Si es lo bastante grande se lo llevan, lo congelan y lo cocinan en cuanto tienen oportunidad. Si ocurre, si pescan, si se reúnen, entonces beben, beben y discuten sobre la mejor forma de cocinar un pescado, sobre el tamaño de las brasas y el estado de las brasas, sobre la orientación de las brasas, también acerca de los errores cometidos ante las brasas y lejos de las brasas, discuten los recuerdos, los planes, discuten acusaciones, esquivan dardos, encajan golpes y pagan así las deudas, y comen demasiado rápido y beben hasta emborracharse, y fuman sin pausa, y duermen, a menudo sentados en sillas plegables, apenas unas horas, hasta la mañana siguiente, cuando discutan de nuevo acerca de la nueva hora, acerca de la orilla adecuada para pescar. Si ese día no se pesca nada, la culpa se reparte.

La mayoría de los peces vuelve al agua. Nadie discute que se los devuelva al mar. Que se los coman otros, dicen. Así es mejor, dicen, es lo lógico, lo natural. Como toda la vida. Pero a Calvo esto no le convence. El pez que vuelve no dura sumergido ni un segundo, piensa. Está herido, tiene un agujero en la garganta, sangra, la sangre atrae a peces más grandes y repele a los iguales, que lo desprecian. Está aturdido, tiene que estarlo, y asustado también: no se lo espera, lo han engañado, no lo prevé, ni lo quiere, ha tenido que verla, a la muerte, con los

ojos de cobre, el garfio de acero inoxidable y el aliento irrespirable. También los peces, piensa, sienten pánico.

De esto hablan algunas veces, de los peces que no se quedan. Calvo piensa que eso es mejor que lanzarlos contra las rocas. Todos se acuerdan. Éramos jóvenes, dicen. ¿Os acordáis?, pregunta alguien. Sí, claro.

Los vio el Moro. Eran tres. Acababan de colarse por encima del muro de piedra que impedía el paso a un embarcadero abandonado. A principios del siglo pasado, dicen, lo usaba la familia real, pero aquellos eran veranos de otro siglo y el embarcadero llevaba décadas cerrado. Desde una vieja garita tapiada, unos escalones de piedra cubiertos de algas, musgo y grietas, bajaban hasta el mar. En este reino de dominios enclenques alguno aprendió a pescar, otros a aburrirse, otros a saltar al mar, a medir los intervalos entre una ola y la siguiente, a evitar las corrientes. Desde arriba son cinco o seis metros de altura, dicen. No lo saben bien, y también eso se discute.

Ocurrió en verano, durante el breve lapso de agosto que les permitía olvidar que habían terminado un curso y que otro comenzaba pronto, a su pesar. Asomaba la tarde todavía. Los vio el Moro: tres gatos diminutos como tres pelotas de tenis. De un gesto, los sacó de entre unos arbustos y los posó sobre un escalón de piedra a la vista de todos. Jugaron con ellos. Alguien les echó el humo, que se coloquen, dijeron, alguien los zaran-deó, les asustaron con gritos, hubo quien no dijo nada, quien no miró, pero no se acuerdan. Jugaron también a pasárselos por el aire como si fueran el paquete de tabaco que acababan de comprar.

Jugaron hasta aburrirse y volvieron a los saltos, a fumar en círculo, a reírse unos de otros, a saltar otra vez, como si el verano fuera una caída que pudiera repetirse para siempre. Mien-

tras tanto, los tres pequeños se quedaron ahí, en un escalón de piedra, expectantes, o quizás no, quizás totalmente indiferentes, quizás habían olvidado lo que acababa de ocurrir. Luego vino el silencio que siempre espera al final de las voces. Calvo cogió a uno de ellos por el cuello, lo alzó, se miraron. Pensó que las patas traseras eran dos extremidades inútiles. Intenta recordar qué aspecto tenía, pero el gato que recuerda es cualquier gato. Todos se giraron hacia él. Lo lanzó al agua. Desprevenido, el cachorro estiraba las patas, inútiles para un esfuerzo sin metas.

No sabe si emitió algún gemido, pero oye todavía el sonido seco de un golpe contra la piedra. Aquello no duró ni un segundo y luego el ruido se hundió, avergonzado, tras el batir de una ola interrumpida.

Están seguros de que el primero lo lanzó Calvo, pero se discute acerca de quién lanzó los otros dos. Algunos dicen que fue Cabeza. Esos años ya pasaron, dicen. Hoy son adultos, dicen. De aquello se habla pocas veces. Aquel día, dos niños pequeños se asomaron por encima del muro, dos niños a los que nadie prestó atención, dos testigos que se llevaron consigo todas las cosas que hicieron y ahora permanecen a salvo en la espesa niebla de la memoria de los más íntimos.

Esta noche no hay dilema posible: no se pesca nada. Las latas vacías se acumulan en una nevera portátil y las colillas húmedas tiñen de negro las paredes de una bolsa de plástico. La marea sube. Poco a poco, las luces en las casas se apagan. Al día siguiente se trabaja. Recogen las cañas y vuelcan la cerveza sobrante en las rocas. Alguien se queja, otra vez, de que se abran nuevas latas si no se han acabado las anteriores. Calvo lo oye y lo deja pasar. No es tan bueno el final, no es necesario. Nadie bebe para terminar de beber.

En fila y con ayuda de la linterna de sus móviles, avanzan con cuidado de no resbalar. No sería la primera vez que alguno cae al agua y se deja un codo contra las rocas.

Mañana a las siete, dice Calvo, con el nuevo. No te quejes, responde Tomás, que camina el primero. Entra a las seis y media y tiene a los críos. ¿Cómo lo haces? Habla Mario, que camina el último porque se ha detenido a apurar una colilla. Tomás no responde. Cierra los ojos, tan grandes que parecen una persiana que ha perdido los topes.

Moro no madruga, está de tarde. Pregunta si alguien quiere fumar un último en el parking. Solo responde Calvo, que no, que pasa, y que es mejor trabajar de tarde que tener jornada partida.

La escalera que baja a la playa es una sombra que cruje. Desde ahí, Tomás les grita a ambos que no se quejen, que aquí se viene a currar. A sufrir. Luego ríe y su risa también cruje. A sus espaldas, una ola rompe contra la orilla. Calvo se gira. La espuma, como una hoja de plata, se resquebraja en una multitud de gestos: muecas y manos blancas que se aferran a las algas muertas y las ramas a la deriva. Las olas golpean de nuevo y desaparecen las muecas y las manos. Nacen otras. En la cresta blanca que acaba de formarse ve la sonrisa avariciosa de unos dientes de agua. Las huellas se sumergen y una lengua escurridiza penetra hasta el centro de la playa. Se acuerda de Roto, sobre el mar ya estaba todo escrito, le dijo un día, borracho. Nadie más se ha vuelto a mirarlo y Calvo sube los escalones y deja de pensar en su amigo, que ni pesca ni está ahí porque se fue a vivir fuera. Fue repentina, su marcha, como una huida. No sabe muy bien por qué, pero ahora no piensa en ello.

Se intercambian pitillos, papel y filtros, se despiden y se suben a los coches. Durante unos segundos, el parking se transfor-

ma en un torbellino de motores que arrancan, radios que compiten en volumen, luces cortas, luces largas, insultos que se lanzan al aire y cortes de manga que asoman por las ventanillas. Calvo da marcha atrás con su Corolla gris heredado y la furgoneta de Mario frena y le corta el paso. Se miran a través del retrovisor. Una pequeña telaraña une ventana y reflejo. Mario se inclina hacia el asiento del copiloto y baja el volumen de la música.

—Mañana llega Cabeza, ¿no?

—Sí... Ya te contaré.

—Sin más, qué van a hacer... si siempre es lo mismo.

—Siempre.

—Tú recuérdale que tiene una cabeza enorme, que no se le olvide.

—Sí, justo. Le vas a vacilar tú.

—Venga, anda.

—¿Tú qué? ¿Todo en orden?

—Ya sabes.

—Venga.

Mario da un acelerón que acompaña con dos silbidos como dos picaduras de avispa. Hace el signo de la victoria con los dedos. Tira, responde Calvo. Aún sonrío cuando, de un manotazo, arranca la red. Tiene que matar a la araña que vive detrás del espejo retrovisor.

Uno tras otro se adentran en la única carretera que lleva a la playa, una larga cuesta que se ensancha, se estrecha y se curva como una anguila gigante. Calvo va el último, el coche escoba; detrás, el parking se queda en silencio. Las luces de las casas se han apagado. Solo quedan dos farolas encendidas, como dos ojos cansados en medio de la oscuridad.

Alcanzan el tramo de la nacional y vibra el móvil en el asiento del copiloto del Corolla. Un mensaje en el chat del grupo.

MIRAD A VER SI HAY CONTROL. Las mayúsculas son gritos, piensa Calvo. Él va en la otra dirección.

Vive más lejos que el resto, en una casa a la que se fue con su novia hace dos años. Ahora vive solo y le sale caro pagar el alquiler. Dice que lo prefiere, pero no lo dice mucho porque siempre hay alguien que objeta que pagar lo que paga entre alquiler y gastos es una gilipollez. Pero él lo prefiere, no pagarlos, pero sí estar solo y tener un pequeño jardín, por ridículo que sea.

Su jardín es un cuadrado de césped y malas hierbas y está rodeado de arbustos indomesticables que lo separan de los vecinos. Hay un árbol diminuto que estaba ahí cuando se mudó y que ya no crece, aunque incline el tronco cada día más hacia un costado, como si lo saludara todas las mañanas con una reverencia y la reverencia nunca fuera suficiente. Está tan mal plantado que la mesa de plástico para las comidas no encaja del todo. Nunca la saca y nunca se hacen en el jardín las barbacoas. Tampoco le importa demasiado. Le reconforta el silencio ininterrumpido de su jardín sin jardinero.

Hay días en los que se emborracha ahí fuera, un poco sin querer, un poco por accidente, un poco por costumbre, sentado en una silla de plástico mientras mira el móvil y mira al árbol y vuelve a mirar el móvil y nada ocurre y vuelve a mirar al árbol y piensa que está mal plantado y que podría hacer algo, trasplantarlo, enderezarlo con unos tablones y unas cuerdas, o cortarlo con un hacha que tendría que pedir y luego poner la mesa encima del tronco sajado y hacer una barbacoa. Pero luego piensa que le gusta el silencio de su jardín.

Se ha separado del resto en la primera rotonda. Lleva la ventanilla bajada y la radio puesta. Enciende un pitillo en el carril que se incorpora a la autovía. Le gusta conducir rápido y que el aire circule dentro del coche. Cuando apenas ha hecho un

par de kilómetros aparecen las primeras gotas. Al principio son pocas y pequeñas, como casualidades que aterrizan. Mantiene la ventanilla bajada, pero avanza y las casualidades se hacen cada vez más frecuentes, más grandes y más ruidosas. Entra en un túnel, cesa el repiqueteo y la emisora se pierde. Baja el volumen para no oír el zumbido de la frecuencia perdida. Tras la última curva le espera una cortina de agua. Cae con la vehemencia de una consecuencia inevitable. Le da una última calada al cigarro y exhala con prisa, lo tira a la lata de Coca-Cola que usa de cenicero y sube la ventanilla. Apaga la radio. Llueve de verdad.

Piensa en la tejavana que los protegía de la lluvia cuando aún iban al colegio. Se acuerda de alguna pelea que tuvo, de Mario, que tiraba balones contra las ventanas de otras aulas, de aulas enemigas, del Moro, que aprendió a clavar alfileres en las sillas ajenas, se acuerda de Tomás, siempre al fondo, siempre detrás, en silencio, como en guardia. Se acuerda del Cabeza. Mañana empieza en la fábrica. A ver qué tal, piensa. Fueron compañeros de clase durante años. Fueron amigos, estuvo allí aquella tarde. Piensa en el gato y ve uno cualquiera. Y ahora Cabeza vuelve de Inglaterra con una novia inglesa y conduce un coche enorme que consume más de lo que ninguno puede pagar. Siempre se llevó todos los golpes, todas las humillaciones. Hace años que no lo ven. Ahora es ingeniero y, desde mañana, será su jefe. Y viene con ideas nuevas, ha oído en la fábrica, por eso lo han contratado. Lo suyo, oyó la semana pasada de boca de alguien, es la optimización de procesos por medio de sistemas automatizados. Sistemas automatizados suena a máquinas que hacen el trabajo de obreros. Tenía la cabeza desproporcionada. Para cortarse el pelo necesitaba una segadora, decían. Y luego reían y luego terminaba

el colegio y se acababa el día y luego empezaba otro que se parecía mucho al anterior.

Deja la autovía. Llueve tanto y está tan oscuro que no distingue más que las líneas sonoras del arcén. Piensa en el jardín, piensa en el Cabeza. Frena antes de alcanzar la última rotonda. Piensa en que podría hacer cualquier otra cosa en lugar de ir a pescar y no pescar. Detrás de la cortina de agua solo hay enormes arbustos que rodean los accesos. Piensa en cómo será mañana su primer día de trabajo en una fábrica que hasta hoy era la suya. Piensa en llegar a casa cuanto antes. La rotonda es una piscina. Oye una bocina que es un alarido atenuado por el peso del agua, como un grito que se da bajo el mar. Siente un golpe, siente un agujón que se le clava en algún lugar del cuello. Un cristal le atraviesa de un lado a otro la mejilla. Luego no oye nada más.

2. Usuario desconectado

¿Cómo te llega una noticia así? ¿Qué haces cuando la recibes? ¿Gritas? ¿Es dolor o es espanto? ¿Y si estás trabajando? ¿Sales a fumar? ¿Tienes aire suficiente? ¿O son bocanadas aceleradas, impulsos entrecortados? ¿Has hablado con alguien? ¿Con quién? ¿Eres el único que lo sabe? ¿A ti quién te ha llamado?

Es martes, mediodía. Te acaban de avisar, Moro, del accidente y tienes que entrar a trabajar. Ocurrió el domingo. ¿Es posible que hayas tardado dos días en enterarte? ¿Cómo es posible?, te repites. Hace dos días, nadie ha dicho nada, dos días, compartís varios grupos, nadie ha dicho nada, cada vez menos ruidosas las conversaciones. Os cansáis, ahora lo ves, minutos después de que te dieran la noticia lo ves, estáis cansados. ¿Deberías escribir? ¿O eliges llamar?

Dos días, dos turnos, dos tardes vacías, te acaba de llamar, hace un minuto, era Cabeza. ¿Por qué lo sabe él antes que nadie? Acaba de llegar. ¿Llamará él a todo el mundo? No debería. Intentas coger aire y sientes un violento golpe en el pecho, como un puñetazo, como un ariete. Toses. Intentas coger aire

mientras caminas en círculos alrededor de una papelera. Toses y se te saltan las lágrimas.

Enciendes otro cigarro. Con la primera calada, las yemas húmedas de los dedos empapan el filtro y dejan un extraño regusto a sal. Con la segunda, el regusto ha degenerado y lo que aspiras es la humedad de una lágrima. Del ojo al dedo al filtro a la boca. No puedes pensar en otra cosa, en agua salada que todo lo inunda.

Desde dentro, desde recepción, un compañero te hace una señal. Apagas el cigarro. Cuando lo aplastas contra la papelera, el filtro libera algo de humedad que te impregna de vuelta las yemas. Te limpias en el pantalón, haces una pinza con los dedos y raspas la tela que ha quedado atrapada. Entrás en la oficina con una mancha de humedad en los vaqueros.

Trabajas en la segunda planta, te han citado en la tercera. Tienes una reunión con tus jefes, no pueden ser tantos, tus jefes. ¿Cuántos jefes caben en la tercera planta? ¿Y en la cuarta? Muchos jefes. Subes en el ascensor, piensas en Calvo, ¿llovía? A Cabeza no le has preguntado cómo se ha enterado, pero te lo imaginas, haces cábalas. Suena un timbre y el ascensor se detiene. Arriba, caminas en dirección a la sala de reuniones. Desde fuera, a través del cristal, reconoces a tu jefa, de los demás solo ves las pantallas desplegadas de sus portátiles.

Entrás en la habitación. Silencio. Silencio. Silencio. ¿Qué miran? ¿Se notan las lágrimas? ¿Estás bien? Te preguntan, ¿estás bien? Pasas. Te sientas. Oyes una voz, habla de planes, miras en dirección a la voz que habla de planes. Otra voz interrumpe, añade otros planes, podrían ser planes nuevos, diferentes, o solo complementarios a los planes originales. Da igual, un rostro que no reconoces. Hablan las voces entre ellas, sin ti. Hasta que lo oyes. ¿Estás contento? Te quieren ascender. Vas a tener

un equipo, vas a entrenarlos, vas a enseñar al software a hacer tu trabajo. Trabajas para un software, ni siquiera trabajas en él, no lo diseñas, trabajas para él. Tú y tu equipo. Cobrarás tanto, tanto más que antes. Te ascienden, tienes un equipo, tus compañeros, solo que ahora los diriges tú. Supervisas a tu equipo para que trabajen para ti, es decir, para el software para el que tú trabajas. Un responsable de la empresa que lo produce te dará las guías. Te extienden una mano, extiendes la mano, estás de acuerdo. La mano no sabe si volver o si quedarse, tus jefes extenderán las manos también, piensas, pero ninguna otra mano está disponible. Entonces, una voz que reconoces te pide que vuelvas a tu sitio, que no digas nada a tus compañeros, que la noticia la dará ella. ¿Qué noticia? ¿Cómo lo ha sabido?

Te levantas de la silla, la quieres apartar, pero te chocas. Una gota urgente de sudor cae en la tela blanca del respaldo. Sales de la habitación, dejas atrás a tus jefes, que han vuelto a su juego de voces, te diriges a la escalera.

¿Deberías llamar a alguien? Te acaban de ascender, tienes una llamada pendiente. Bajas las escaleras. Te van a ascender, piensas, no es el momento, siéntate con el resto de los compañeros, atiende las peticiones de los usuarios, estás ahí por ellos, ahora más que nunca, ¿cómo puedes pensar en esto?, tienes que llamar, atraviesas el pasillo que forman las mesas en hilera, atraviesas en silencio el murmullo que es una nube gris de saludos, despedidas y disculpas. Te sientas frente al ordenador. Alguien detrás de ti pregunta qué tal, qué te han dicho. Tú haces un gesto que no dice nada, pero resuelve el diálogo. Enciendes el monitor. Saltan decenas de notificaciones. Una de ellas dice: